

cuerda se ajusta poco a poco para desalojar el mercurio y dejar el oro en libertad. Realizada esta operación, lo que no puede ya exprimirse en la lona se recoge en otro trapo y se somete a la acción del fuego. El azogue se evapora lentamente, y se desliga del oro, que, rutilante, es recogido y listo para su entrega al comercio.

Dos acciones intervienen en la molienda de los metales con el molinete: una, de origen mecánico, que se reduce a triturar y pulverizar el oro (Fig. No. 142), y la otra, química, que es el proceso de amalgamación que lo separa de los otros metales con que se le encuentra asociado en la naturaleza.

Como el lector habrá podido apreciar, el beneficio de oro es todavía primitivo. Seguramente fue el mismo que emplearon los antiguos peruanos, incluyendo el empleo del azogue, que fue usado desde muy remota antigüedad.

### LA ORFEBRERÍA MOCHICA

Nos falta estudiar, como remate lógico de este capítulo, el proceso seguido por la orfebrería mochica, que tan alto desarrollo artístico e industrial alcanzó en aquella remota época de la prehistoria peruana.

Sólo nos podemos remontar hasta el período evolutivo en el estudio de los metales en la región del norte. Sería aventurado afirmar si conjuntamente con el oro, los orfebres indígenas conocieron y se beneficiaron de otra clase de metales. Los hallazgos arqueológicos de piezas metálicas corresponden sólo a objetos de oro descubiertos en Chongoyape, en el departamento de Lambayeque, y depositados actualmente en museos del extranjero. De haber existido, como es lógico conjeturar, artefactos de plata y de cobre, habrían sido destruidos por la acción del tiempo, pues faltan especímenes de esta clase en las colecciones conocidas.

El artista mochica practicaba el arte de la fundición de los metales. Cada uno de esos objetos de oro o de plata que admiramos en los museos de arqueología denuncia un conocimiento casi cabal de los procedimientos metalúrgicos: desde el primer trabajo de cortar la roca, hasta el refinamiento de los metales por medio del fuego. Y obtenida la barra, con el proceso de laminación a golpe de martillo logra una superficie pulida y sumamente fina que repuja, labra, afiligrana y convierte, en fin, en brillantes y ricos adornos para uso de la nobleza indígena.

El artista no emplea moldes en la fabricación de las piezas. El calado y el recorte de las láminas de oro las hace con instrumentos cortantes, que, sin duda, fueron de un metal más duro y resistente que el oro.

Como en la cerámica de este período, encontramos en la orfebrería cupisnique la influencia artístico-religiosa de la cultura de Nepeña (Fig. No. 143). La orfebrería da un gran salto, y en la civilización mochica surge como un arte depurado.

El arte del orfebre mochica, como puede comprobarse por las valiosísimas joyas y utensilios del Museo Rafael Larco Herrera –acaso único en su género en América–, alcanzó su más completo desarrollo en el pueblo y en la cultura que estudiamos. Dentro de este arte, como resultado de su superioridad, se admiran joyas delicada y minuciosamente trabajadas (a veces complicadas y otras sencillas en su pulimento y contornos), que guardan perfecta armonía y ofrecen belleza en los motivos que las adornan, lo que demuestra en cada una la alta técnica y originalidad del artífice.

El oro y la plata, metales de noble significado y gran simbolismo para el mochica, fueron los elementos empleados en la factura de joyas y utensilios de valor. El oro fue el metal preferido para la hechura de grandes frontales y petos, narigueras reales, orejeras, collares y de todos los objetos y adminículos reclamados por la jerarquía de quien los llevaba; además, se utilizaban en el culto religioso y demás ceremonias rituales de este pueblo. También eran de oro los idolillos, amuletos, estatuillas, tan gratas a los mochicas. Y algunas veces, láminas de este metal recubrían las armas hechas de madera, empleadas en esa época, en la búsqueda de su utilidad, a la vez que de su belleza.

Dada la gran maleabilidad y ductilidad del oro, superior a la de tantos metales que conocemos, el orfebre mochica supo aprovechar admirablemente tales propiedades para crear verdaderas maravillas suntuarias. Los petos y frontales están hechos de finas láminas doradas, cuyos dibujos aparecen repujados sobre la pieza, la que además ostenta incisiones o calados.

Para la mejor comprensión de la técnica del orfebre del antiguo Perú, conviene hacer la descripción de las mejores joyas encontradas en las tumbas mochicas, que agrupamos en series: narigueras de oro, frontales de oro y collares de oro.

La nariguera de la figura No. 144 es una joya

minuciosamente trabajada. La representación del cangrejo ofrece detalles morfológicos de admirable realismo, lo que denota en el artista que fabricó este objeto innegables condiciones de observador. El borde posterior del cuerpo del crustáceo lleva seis lentejuelas de oro prendidas a la pieza con finísimas cintas hechas de oro. En el borde anterior, ligeramente curvado, se puede ver el corte oval de puntas apenas distanciadas, del que la nariguera era sujeta –a colgajo– en el tabique carnosos de la nariz. Esta joya constituía el distintivo de la realeza mochica. Su uso era limitado, lo que exigía del orfebre que la confeccionaba un minucioso trabajo artístico.

Como puede apreciarse en la nariguera de la figura No. 145, ésta adopta la forma de una mitad de disco, cuyo diámetro de corte está hacia arriba. Tiene un ribete totalmente repujado con representaciones felínicas estilizadas; el medio círculo que se hace ostensible en la parte central sobresale y es esférico. Todo el repujado de la pieza es delicado, pero sin llegar a la perfección que se observa en otros ejemplares aun más valiosos. La lámina que se empleó en este artefacto es finísima por lo delgada.

Los aretes de la figura No. 146 son de especial importancia por ofrecer un motivo de adorno común a todas las otras piezas mochicas: recubiertas de pequeñas lentejuelas sujetas con hilos de oro.

El frontal de la figura No. 147 es un lujoso adorno de cabeza que representa a Ai Apaec, prolijamente calado en la pieza. La perfección de sus líneas y la expresión del rostro felínico son pruebas elocuentes de la habilidad del orfebre, cuyo arte acabado es signo de gran cultura artística. Todo en esta joya guarda proporción y encierra símbolos sugerentes.

El frontal de la figura No. 148 representa un rostro humano. Es un precioso trabajo de calado en el que se puede apreciar cómo eran unidas las láminas rotas o que dependían de otro conjunto, mediante cintas de oro de extraordinaria finura. No sólo es el calado lo que da realce a esta joya, sino también su repujado.

En otro frontal (Fig. No. 149) aparece la divinidad jaguar, realzada en ambos lados del felino por las siluetas recortadas de los místicos cóndores. La técnica es genuinamente mochica y su repujado sobresale por su notable valor artístico.

El collar de la figura No. 150 ofrece singular

importancia porque sus cuentas son huecas y de forma oval; muestran una perfecta soldadura. Las láminas que sirvieron para hacer esta joya son muy finas, y de alta ley el oro empleado en ellas.

Finalmente, la figura No. 151 nos muestra otro collar de arte mochica. Sólo se han hallado siete cuentas de oro. Esta joya difiere completamente de las anteriores en cuanto a la finura de su confección y al labrado de las piezas casi en alto relieve. Cada cuenta reproduce la cabeza de un jaguar, cuyos ojos están hechos con incrustaciones de nácar. La representación del felino sigue las conocidas líneas del arte Chavín, caracterizado por el jaguar simbólico, lo que permitiría suponer que estas antiquísimas culturas se han influido mutuamente.

La orejera de las figuras Nos. 152 y 153 es otro de los artefactos de oro y piedras preciosas que adornaron seguramente a un alto personaje de la nobleza mochica. Está fabricada con indiscutible maestría. La pieza consta de una lámina circular de oro; en su contorno se han colocado pequeñas esferitas de oro unidas entre sí por sus lados. El fondo de la lámina se halla recubierto por ocho placas de forma triangular, que ocupan otros tantos sectores de la circunferencia metálica; cuatro son de nácar y cuatro de turquesa azul celeste. Las ocho se intercalan para buscar el contraste de los tonos. Para mayor seguridad, el artista ha formado un reborde metálico que voltea sobre las placas y las engasta. Sobre cada una de las placas se han pegado ocho pequeñas figuras que representan iguanas; cuatro de oro, que descansan en actitud natural sobre las turquesas, y cuatro de turquesa, que se destacan sobre el fondo de nácar. Todo el conjunto de la joya ofrece contrastes cromáticos de sorprendente ejecución artística. El artista ha combinado el oro y las piedras preciosas, a fin de buscar efectos brillantes. Estimamos que ésta es una de las piezas suntuarias mochicas de más alto valor. Las dos orejeras son de factura y estilo idéntico, y fabricadas con oro de muchos quilates.

Las figuras Nos. 158, 159 y 160 presentan otra modalidad artística en la confección de collares o prendas de adorno personal. El orfebre busca su fuente de inspiración en las manifestaciones de la naturaleza, que suministra variados y bellos motivos ornamentales. Las pepas de zapallo, v. gr., las vértebras de peces o pequeños batracios y figurillas antropomorfas,



Fig. No. 143.- Pieza de oro encontrada en Chavín, con relieves de carácter religioso.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-003-C01) Fotografía de Carlos Rojas.



Fig. No. 144.- Nariguera repujada que representa un cangrejo.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 145.- Nariguera de oro de mucho valor por el minucioso repujado de su contorno.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-007-011)

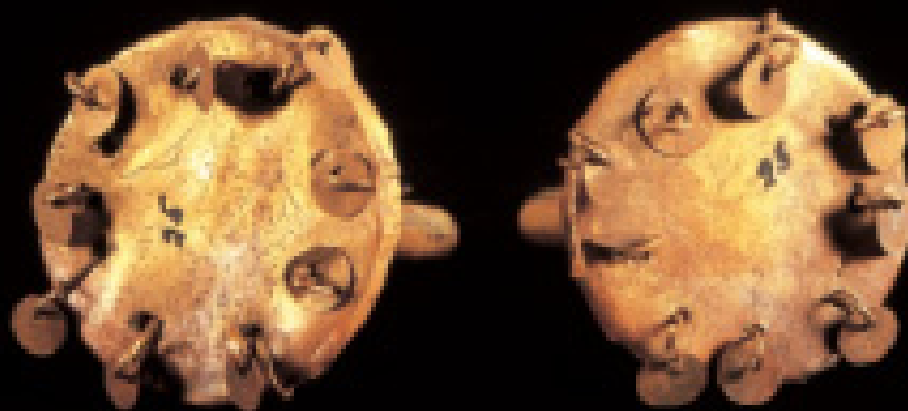


Fig. No. 146.- Aretes de oro con finísimas lentejuelas.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-008-C07; XSB-008-C08)



Fig. No. 147.- Adorno de cabeza de oro que representa a Ai Apaec. Exponente de la laminación repujada.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-006-B02)



Fig. No. 148.- Adorno de cabeza de oro de altos quilates. Representa un rostro humano de expresión genuinamente mochica. Es un exponente de precioso calado y repujado.

Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-007-B01)



Fig. No. 149.- Lujoso adorno de cabeza, que representa a la divinidad felínica y a los cóndores míticos.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-008-D01)



Fig. No. 150.- Collar de oro cuyas cuentas huecas de forma oval ofrecen la perfección de la soldadura en la orfebrería mochica.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-009-B15)